



BIBLIOTECA



1080045306



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON

00000

DS48
L35
V. 2

VIAGE
A ORIENTE.

PAISAGES

✱

PENSAMIENTOS EN SIRIA.



El 28 de marzo salgo de Berut para Balbek y Damasco : la caravana se compone de veintiseis caballos y ocho ó diez Arabes á pie, para servirnos y escoltarnos.

Al salir de Berut, se suben unos caminos abiertos, á manera de carriles, en una arena roja, cuyos bordes estan festoneados por todas las flores del Asia ; — todas las formas, todos los perfumes de la primavera ; — nópalos, arbustos

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO MARTINEZ"

1946 7625 MONTANREY, MEXICO

espinosos con racimos de flores amarillas como el oro, semejantes á la ginesta de nuestras montañas; — parras entrelazadas con los árboles; — hermosos algarrobos; — árboles de hojas de un color verde muy oscuro, cuyo tronco tiene una corteza parda, lisa, reluciente, el árbol mas hermoso de estos climas: al cabo de media hora se llega á la cima de la península que forma el cabo de Berut; remata en una punta redondeada en el mar, y forma su base una hermosa y ancha llanura, atravesada por el Narh-Berut. Esta llanura, regada, cultivada, plantada de hermosas palmeras, de verdes moreras, de pinos de ancha y frondosa copa, va á espirar bajo los primeros peñascos del Líbano. En el punto culminante de la llanura de Berut se estiende la magnífica escena de Fakar-el-Din ó Fakardin, que es el paseo de Berut, adonde los ginetes turcos, árabes y los Europeos van á ejercitar sus caballos y correr el djerid, y adonde yo iba todos los días á pasear algunas horas á caballo, ya galopando por las desiertas arenas que dominan el horizonte azul é inmenso del mar, ya al paso, meditando bajo las calles de pinos nuevos que cubren una parte de este promontorio: — no conozco un sitio mas hermoso en el mundo: — aquellos pinos gigantescos, cuyos vigorosos troncos, ligeramente inclinados á impulso del viento

marino, alzan como medias naranjas sus anchas copas redondas en forma de quitasol, están sembrados en grupos de dos ó tres árboles ó aislados de veinte en veinte pasos sobre una arena de oro que corta de trecho en trecho un ligero vello verde de cespèd y anemonas. Plantólos Fakar-el-Din, cuyas maravillosas aventuras han difundido su fama por Europa: todavía conservan su nombre. Todos los días veía yo con dolor á un heroe mas moderno derribar aquellos árboles que plantó otro grande hombre: Ibrahim-Bajá hacia cortar algunos para su marina, pero todavía quedan bastantes para señalar á lo lejos el promontorio á la vista del navegante y á la admiracion del hombre aficionado á las hermosas escenas de la naturaleza.

Desde allí es, en mi concepto, desde donde se disfruta la mas espléndida aparicion del Líbano: se halla uno á sus pies, pero á bastante distancia sin embargo para que no le caiga encima su sombra, y para que la vista pueda abarcarle en toda su altura, penetrar en la oscuridad de sus gargantas, discernir la espuma de sus torrentes, y circular libremente alrededor de los primeros conos de que está flanqueado, y que sostienen cada cual un monasterio de maronitas, encima de un bosque de pinos, de cedros ó de negros cipreses. — El Sannin, la cima mas alta y pira-

midal del Líbano, domina todas las cimas inferiores, y forma, con su nieve casi eterna, el fondo magestuoso, dorado, morado y rosado del horizonte de las montañas que nada en el firmamento, no como un cuerpo sólido, sino como un vapor, un humo trasparente, al traves de los cuales se cree distinguir el otro lado del cielo, — fenómeno encantador de las montañas de Asia, que no he visto en ninguna otra parte y de que disfruto todas las tardes sin acertar á esplicármelo. — Por el lado del mediodia, el Líbano va rebajándose gradualmente hasta el cabo avanzado de Saide, la antigua Sidon; sus cimas no están cubiertas de nieve sino en dos ó tres puntas mas distantes y elevados que las otras y que lo restante de la cordillera libánica; siguen, como una muralla de ciudad arruinada, ora subiendo, ora bajando, la linea de la llanura y del mar, y van á morir en el vapor del occidente, hácia las montañas de Galilea, en las orillas del mar de Genesaret, ó sea el lago de Tiberiade. Por el lado del norte, se ve una punta del mar que avanza, como un dormido lago, en el llano, medio tapada por las verdes arboledas de la deliciosa colina de san Dimitri, la colina mas hermosa de Siria. En este lago, cuya confluencia con el mar no se ve, están siempre anclados algunos buques meciéndose graciosamente sobre las

olas, cuya espuma va á mojar los lentiscos, las adelfas y los nópalos. — Desde la rada, un puente construido primeramente por los Romanos y restaurado por Fakar-el-Din, tiende sus ojos, elevados en forma de arcos diagonales, sobre el rio de Berut, que corre por el llano, donde difunde vida y verdor, y va á perderse no lejos en la rada.

Este paseo es el último que dí con Julia, que montaba aquel dia por primera vez un caballo del desierto que le traje del mar Muerto, y que un criado árabe llevaba del freno. Ibamos solos; el dia, aunque de noviembre, era hermosísimo; todo, en torno nuestro, era claridad, calor y verdura. Jamas ví á aquella admirable niña en una embriaguez tan completa de la naturaleza, del movimiento, de la alegría de existir, de ver y de sentir; á cada instante se volvía hácia mí para espresarme su asombro; y luego que hubimos dado la vuelta á la colina de san Dimitri, cruzado la llanura y entrado en el pinar donde nos paramos: — ¿No es verdad, me dijo, que este es el mas largo y delicioso paseo que he dado en mi vida? — ¡Ah! sí, ¡y tambien fué el último! — Quince dias despues, yo me paseaba solo y llorando bajo los mismos árboles, y llevando solo en el corazon aquella hechicera imagen de la criatura mas celestial que Dios me ha concedido

ver, poseer y llorar.—Ya no vivo; — la naturaleza no está ya animada para mí por todo lo que me la hacia sentir doble en el alma de mi hija.— Todavía la miro, y siempre arrebató mis ojos, pero ya no conmueve mi corazón, ó si alguna vez le conmueve, sin que yo lo advierta, algunos minutos, algunos instantes, inmediatamente despues vuelve á caer frio y quebrantado en el fondo de inconsolable tristeza y de honda amargura en que le ha colocado la voluntad de Dios con tantas pérdidas irreparables.

Por el lado del poniente, lo primero que halla la vista es unas ligeras colinas de arena, roja como la brasa de un incendio, y de las que se alza un vapor blanco rosado, semejante á la reverberacion de la boca de un horno encendido; luego, siguiendo la línea del horizonte, pasa por encima de aquel desierto y llega á la línea azul oscura del mar, en que termina todo, y se confunde á lo lejos, con el cielo, en una bruma que deja indeciso su límite. Todas estas colinas, toda esta llanura, las faldas de todas las montañas, sostienen infinito número de lindas casitas aisladas, cada una de las cuales tiene su vergel de moreras, su pino gigantesco, sus higueras, y, de trecho en trecho, en grupos mas compactos y visibles, graciosas aldeas ó grupos de monasterios que se alzan sobre su pedestal de peñascos, y re-

percutan á lo lejos sobre el mar los rayos amarillos del sol de Oriente. — De dos á trescientos de estos monasterios hay sobre todas las crestas, sobre todos los promontorios, en todas las gargantas del Líbano: este es el país mas religioso del mundo, y acaso el único donde la existencia del sistema monacal no ha acarreado los abusos que en otras partes le han destruido. — Estos religiosos, pobres y útiles, viven del trabajo de sus manos, no son, propiamente hablando, mas que unos piadosos labradores, y no piden al gobierno y á las poblaciones mas que el pedazo de peñasco que cultivan, la soledad y la contemplacion; esplican ademas perfectamente, con su existencia actual, en medio de las comarcas mahometanas, la creacion de aquellos primeros asilos del cristianismo naciente, triste y perseguido, y la prodigiosa multiplicacion de aquellos asilos de la libertad religiosa, en los tiempos de barbarie y persecuciones. Esta fué la razon de su existencia, y esta existe, en el dia, para los maronitas, y por eso estos frailes siguen siendo lo que han debido ser en todas partes, y lo que ya no pueden ser, mas que por escepcion, en ninguna. — Si el estado actual de las sociedades y de las religiones comporta todavía órdenes monásticas, estas no son en verdad las que han nacido en otra época, para otras condiciones, para

otras necesidades; cada tiempo debe llevar consigo sus creaciones sociales y religiosas; las necesidades de estos tiempos son diferentes de las de los primeros siglos. — Las órdenes monásticas modernas no tienen mas que dos cosas que pueden hacer mejor que los gobiernos y las fuerzas individuales, que son instruir á los hombres y aliviarlos en sus miserias corporales. Las escuelas y los hospitales, hé aqui los dos únicos puertos que les quedan por tomar en el movimiento del mundo actual, pero para tomar el primero, es preciso empezar por participar uno mismo de la luz que quiere difundir; — es preciso ser mas instruido y mas verdaderamente moral que las poblaciones á quienes se quiere instruir y mejorar. — Volvamos al Líbano. —

Empezamos á subirle por senderos de rocas amarillentas y de greda ligeramente rosada, que dan de lejos á la montaña aquel color amoratado y rosado que encanta la vista. Nada hay notable hasta los dos tercios de la montaña, donde se halla la cima de un promontorio que se avanza sobre un hondo valle.

— Uno de los mas hermosos puntos de la obra de Dios que puede contemplar el hombre es el valle de Hammana, que tiene uno bajo sus pies; empieza por una negra y profunda garganta, abierta casi como una gruta en los mas altos pe-

ñascos y bajo las nieves del Líbano mas elevado; al principio no se la distingue mas que por el torrente de espuma que descende con ella de las montañas, y traza, en su oscuridad, un surco movil y luminoso; insensiblemente se va ensanchando de grado en grado, como un torrente de cascada en cascada; luego, de pronto, torciendo hácia el poniente, y formando un gracioso y flexible marco, como un arroyo que entra en un rio, ó que se convierte en rio, entra en un valle mas ancho y se convierte en valle; estiéndese en una anchura de sobre media legua, entre dos cordilleras de la montaña; precipitase hácia el mar por un regular y suave declive, se alonda ó se alza en colinas, segun los obstáculos de peñascos que encuentra en su carrera; sobre aquellas colinas, sostiene aldeas separadas por barrancas, inmensas mesetas rodeadas de negros pinabetes y bien cultivadas, en las cuales se alza un hermoso monasterio; en aquellas barrancas derrama todas las aguas de sus mil cascadas y las arrastra en brillante y estruendosa espuma. Los costados de las dos paredes del Líbano que le forman estan cubiertas de bellos grupos de pinabetes, y de conventos y altos pueblos, cuyo humo azul se mece encima de sus precipicios. A la hora en que me apareció este valle, el sol se estaba poniendo sobre el mar, y sus rayos, de-

jando en misteriosa oscuridad las gargantas y los derrumbaderos, rasaban solamente los conventos, los tejados de las aldeas, las copas de los pinabetes y las mas altas cabezas de los peñascos que salen del nivel de las montañas; las aguas, que iban muy crecidas, caian de todas las cornisas de las dos montañas, y saltaban en torrentes de espuma de todas las grietas de los peñascos, ciñendo con dos anchos brazos de plata ó nieve la hermosa meseta, las aldeas, los conventos y los bosques de pinabetes. Su estruendo, semejante al de los cañones de órgano en una catedral, resonaba por todas partes y atronaba los oidos. Rara vez he sentido tan profundamente la belleza especial de las vistas de montañas, — belleza triste, grave y dulce, de una naturaleza muy distinta de la de las bellezas del mar ó de las llanuras; — belleza que encoge el corazon en vez de dilatarle, y que parece que participa del sentimiento religioso en la desgracia; — recogimiento melancólico, — en vez del sentimiento religioso en la felicidad; — expansion, amor y alegría.

A cada paso, por las vertientes de la cornisa que seguíamos, las cascadas caen sobre la cabeza del transeunte ó se deslizan por las rendijas de las peñas vivas que han abierto, — goteras de aquel sublime tejado de las montañas que filtran sin cesar á lo largo de sus pendientes. El tiempo

estaba nebuloso; la tempestad rugia entre los pinabetes, y nos traia, de cuando en cuando, ráfagas de polvo de nieve que atravesaban, colorándole, el fugitivo rayo del sol de marzo. Me acuerdo del efecto nuevo y pintoresco que producía el paso de nuestra caravana por una de las barrancas de aquellas cascadas. Las laderas de los peñascos del Líbano se ahuecaban de repente, como una profunda ensenada del mar entre las rocas; un torrente, retenido por algunos enormes pedazos de granito, llenaba con sus rápidos y estrepitosos borbotones aquella desgarradura de la montaña; el polvo de la cascada que caía á algunas toesas encima, ondeaba á merced de los vientos sobre los dos promontorios de tierra árida y gris que rodeaban la ensenada, y que, inclinándose de pronto rápidamente, bajaban al cauce del torrente que era preciso pasar; una estrecha cornisa, labrada en la ladera de aquellos montes, era el único camino por donde se podía bajar al torrente para atravesarle. No podíamos pasar sino uno á uno, en hilera, por aquella cornisa; yo era uno de los últimos de la caravana: la larga fila de caballos, de bagages y de viajeros bajaba sucesivamente al fondo de aquella sima, girando y desapareciendo completamente en las tinieblas de la neblina de las aguas, y volvía á asomar lentamente por el otro lado y en la

otra cornisa del paso; primero, velada por un vapor sombrío, pálida y amarillenta como el vapor del azufre; luego rodeada por un vapor blanco y leve como la plateada espuma de las aguas, luego en fin espléndida y colorada por los rayos del sol, que empezaba á iluminarla más, á medida que subia por las laderas opuestas: — era aquello una escena del *Infierno* del Dante, realizada á la vista en uno de los mas terribles círculos que hubiera podido inventar su imaginación; pero ¿quien es poeta delante de la naturaleza? quien inventa despues de Dios?

La aldea de Hammana, aldea drusa adonde íbamos á hacer noche, brillaba ya en la abertura superior del valle que lleva su nombre. Situada sobre un pico de peñascos agudos y aglomerados, contiguos á las nieves eternas, está dominada por la casa del jeque, colocada sobre un pico mas elevado, en medio del pueblo. Dos profundos torrentes encajonados en las rocas y obstruidos por peñascos que rompen su espuma, rodean por todas partes el pueblo; se pasan sobre unos troncos de pinabetes sobre los cuales han echado un poco de tierra, sin antepechos, y se sube á las casas. Las casas, como todas las del Líbano y de la Siria, presentan á lo lejos una apariencia de regularidad, y cierto caracter pintoresco y arquitectónico, que engaña á primera vista, y las

hace parecerse á grupos de quintas italianas con sus tejados de azoteas y sus balcones decorados con balaustradas; pero el castillo del jeque de Hammana escede en elegancia, en gracia y nobleza á cuanto he visto en este género, despues del palacio del emir Beschir en Deir-el-Kamar: solo es comparable á uno de nuestros mas maravillosos castillos góticos de la edad media, tales á lo menos cuales nos los hacen concebir sus ruinas ó como nos los representa la pintura. Ventanas de arco diagonal decoradas con balcones; una puerta alta y ancha coronada por un arco diagonal tambien, que avanza como un pórtico encima del atrio; dos bancos de piedra labrados con arabescos, y unidos á los dos largueros de la puerta; siete ú ocho escalones de piedra circular que forman una escalinata sobre un ancho terrado á que dan sombra dos ó tres inmensos sicomoros y donde siempre mana un agua pura en una fuente de marmol: — tal es la escena. Siete ú ocho Drusos armados, cubiertos de su noble trage de brillantes colores, con su gigantesco turbante y en marciales actitudes, parece que esperan las órdenes de su jefe; uno ó dos negros, vestidos con chaquetas azules; algunos jóvenes esclavos ó pages sentados ó jugando en las gradas de la escalinata; y en fin, mas arriba, bajo el arco mismo del porton, el jeque sen-

tado con la pipa en la mano, cubierto con un manto de escarlata, y mirándonos pasar en la actitud del poderío y del reposo:—tales son los personajes.—Añádanse á ellos dos mugeres jóvenes y hermosas, una asomada á un alto balcon del edificio y apoyada en la baranda, otra de pie en un balcon encima de la puerta.

Dormimos en Hammana en un cuarto que nos habian preparado hace algunos dias.—Levantámonos antes de salir el sol, y subimos la última cima del Líbano. Hora y media dura la subida; llegamos enfin á las nieves, y así seguimos en una elevada llanura, ligeramente variada por las ondulaciones de las colinas, como en la cumbre de los Alpes, la garganta que conduce al otro lado del Líbano.—Al cabo de dos horas de penosa marcha por un terreno cubierto de dos ó tres pies de nieve, se descubren primeramente las altas y nevadas cimas del Anti-Líbano, luego sus áridas y peladas laderas, luego enfin la hermosa y ancha llanura del Bka, que es la continuacion del valle de Balbek á la derecha. Esta llanura empieza en el desierto de Homs y de Hamma, y no acaba hasta las montañas de Galilea hácia Safad; solamente allí deja un estrecho paso al Jordan que va á desaguar en el mar de Galilea.—Esta llanura es una de las mas hermosas y fértiles del mundo, pero apenas está culti-

vada; siempre infestada por los Arabes errantes, los habitantes de Balbek, de Jaklé ó de las otras aldeas del Líbano apenas se atreven á sembrarla. Riéganla numerosos torrentes y muchos manantiales inagotables, y, cuando la vimos, mas bien presentaba el aspecto de un pantano ó de un lago mal desecado que no de una campiña.

En cuatro horas bajamos á la ciudad de Zaklé, y el obispo griego, natural de Alepo, nos recibe y nos da algunas habitaciones. Proseguimos nuestro camino el 30 para atravesar el llano de Bka é ir á hacer noche en Balbek.

RUINAS DE BALBEK.

Saliendo de Zaklé, gracioso pueblo cristiano situado al pie del Líbano, en el borde de la llanura, en frente del Anti-Líbano, se siguen primeramente las raíces del Líbano subiendo hácia el norte; se pasa por junto á un edificio arruinado, sobre cuyas ruinas han construido los Turcos una casa de dervis y una mezquita de un efecto grandioso y pintoresco.—Las tradiciones árabes dicen que aquellas ruinas son las del sepulcro de Noé, cuya arca arribó á la cima del Sanio, y que